

OIKOS

Política y Medio Ambiente

El ecologismo iliberal: (I) rasgos y postulados

Ensayo #OIKOS - Junio / 2022

Publicado originalmente en www.oikos.eco

Autor

Raúl López Baelo

Profesor universitario y
abogado

«Una de las intuiciones más valiosas del conservacionismo difundido por Roger Scruton es, precisamente, mantener las suspicacias hacia aquellos que no pueden identificar un problema sin proponer inmediatamente soluciones radicales coordinadas por ellos mismos»

OIKOS es un think-tank por la defensa del medio ambiente y contra el cambio climático que busca contribuir al debate medioambiental desde la perspectiva liberal-conservadora. OIKOS es una asociación sin ánimo de lucro constituida en el Registro Nacional de Asociaciones de España.

1.- ¿Qué es el «ecologismo iliberal»?

El pensador polaco Leszek Kolakowski inauguró su obra magna sobre las corrientes del marxismo recordando que Marx era, notoriamente, un filósofo alemán; mientras que el historiador francés Jules Michelet iniciaba sus clases sofocando a sus alumnos con la evidencia: «Señores, la Gran Bretaña es una isla».

Pues bien, a riesgo de concitar animadversión en el lector, también señalaré un hecho obvio: **el pensamiento ecosocialista se ha desvelado como una prolongación del más extenso movimiento anticapitalista**; y por esta familiaridad, procura antes alfombrar el camino hacia una realidad posliberal que limitarse a la preservación del planeta y la consolidación de la agenda ambiental como objetivo político.

En este afán aclaratorio, proponemos identificar, en adelante, con la etiqueta definitoria de «ecologistas iliberales» a aquellos cuyo credo se asienta sobre la presunta incompatibilidad entre la conservación del planeta y la subsistencia de una economía de mercado, por más que ésta se encuentre moderada y rebajada en sus tendencias por regulaciones gubernamentales para la protección medioambiental.

Debe apuntarse que esta escuela de pensadores, agrupada en torno al obtuso paraguas del anticapitalismo verde, entrevió en la segunda parte del siglo XX un camino que permitiese conciliar su hostigamiento de un orden demoliberal que gozaba de un predominio aparentemente sosegado tras el colapso soviético, con la explotación ideológica de un movimiento ecologista que comenzaba a exhibir entonces un fornido músculo de adeptos.

En estas altitudes, merece atención la figura del filósofo español Manuel Sacristán. Pensador heterodoxo en la tradición marxista -escuela poco o nada acostumbrada a los virajes teóricos bruscos-, hubo de atravesar por ello un largo purgatorio en sus propias filas. Uno de sus discípulos, Salvador López Arnal, hizo semblanza del maestro como «excéntrico» y «sin ismos».

Recuperada su autoridad recientemente, es hoy considerado **el padre del ecologismo socialista en España** (Riechmann, 2015).

A finales de la década de los 70, cuando la perspectiva de la abundancia y el desarrollo económico en el modelo soviético todavía permanecía latente, Sacristán debió granjearse no pocos recelos al declarar su favor por un **«comunismo sin crecimiento»**, reprochando públicamente la acción colectiva de obreros alemanes que se manifestaron en contra del cierre de fábricas de asbesto durante el gobierno liderado por Helmut Schmidt, pues según la crítica del filósofo estarían anteponiendo la inmediatez de su bienestar material a otras consideraciones menos tangibles y prosaicas.

Pudiera entenderse que la constatación de esta dificultad invencible -los obreros, incluso los más precarios, también pueden ser conservadores respecto a sus condiciones de vida- condujo a que el filósofo ordenase **«a los grupos revolucionarios que tienen que ser ecologistas, y a los ecologistas que tienen que ser socialmente revolucionarios»** (Sacristán, 1987).

La sentencia, que entonces hubo de resultar polémica, hoy supone un principio ampliamente extendido en el pensamiento de izquierdas; **que en parte nos permite dar con una explicación satisfactoria a la enraizada confusión en nuestro ecologismo político entre revolucionarismo y conservación medioambiental.**

Naturalmente, se trata de una confusión deliberada y asistida de algunos instrumentos conceptuales que merecen atención. En este primer acercamiento al asunto, que ambiciona ir seguido de dos entregas adicionales, basta con enunciar tres de los más característicos:

1. Ante la necesidad de recabar los necesarios apoyos, al ecosocialismo le ha sido revelada la virtud de lo que podríamos denominar de reclutamiento por abatimiento, o lo que es lo mismo, confiar la ampliación de la base social del movimiento a una irremediable sucesión de desgracias medioambientales. Los seres deshechos por la tragedia propenden, según esta tesis, a un cuestionamiento general de lo que les rodea, un escepticismo existencial que favorece su concienciación hacia formas de vida alternativas.

Las bondades de esta aciaga enseñanza han recibido el nombre de **«pedagogía de la catástrofe»**.

A estos métodos de enrolamiento de adeptos en situaciones de desastres naturales, y apartamiento irreflexivo del individuo como entidad útil al propósito ambiental, se une la presencia de una figura que tiene por fin aterrar el debate público: el **«profeta de calamidades»**, cuya misión última es mantener a la civilización en un estado de continua crisis política, y, por tanto, de excepcionalidad en el tratamiento de derechos y libertades.

2. Vivimos un escenario de recepción -más o menos fecunda- por parte de los agentes económicos de gran parte de los postulados medioambientales.

Pudiera parecer sensato pensar en el carácter benigno de una coalición de esfuerzos, así aglutinador de organismos nacionales y oenegés, pero también de agrupaciones locales y asociaciones civiles, e incluyendo la facultad coercitiva del poder estatal, sin que ello acarree empequeñecer la necesidad de un compromiso individual fraguado sobre todo a través del consumo.

Sin embargo, y sin aparente merma de su credibilidad, sectores de este ecologismo iliberal tratan de minimizar el impacto de la acción individual (reciclado, criterios de consumo, impulso empresarial sostenible y otros) en la conservación del planeta, auspiciados por la aparente dificultad por controlar estas formas de participación política. Si el individuo cuenta, y su decisión influye de un modo definitorio en la estrategia medioambiental, pudiera deducirse peligrosamente que el esquema productivo es reformable bajo principios liberales, y no irremediamente sustituible, como con ruda franqueza estas voces se afanan en argumentar.

Este cuestionamiento del consumidor y del *homo economicus* como sujeto político ilustra prioridades sorprendentes, y cuán imprudentemente se antepone por estos grupos el dominio de la transición ecológica a la transición ecológica misma. Debe negarse la virtualidad de un capitalismo verde, aun a costa de renunciar a importantes focos de refuerzo medioambiental.

3. Por último, y de forma no poco sorprendente, importantes teóricos de esta corriente parecen haberse resignado a un autoritarismo verde, ante la aparente inmovilidad de la gente ante la catástrofe medioambiental.

Como veremos, la fe en el progreso y la naturaleza humana encuentra una excepción tan pronto se refiere a la capacidad de los individuos para cohibir sus irreprimibles instintos a destruir el planeta.

Profundicemos con mayor detenimiento en estas tres dimensiones del ecologismo iliberal.

2.- Pedagogos de la catástrofe y profetas de calamidades

Uno de los teóricos fundacionales del decrecimiento económico, el francés Serge Latouche, recuperó para la práctica ecologista radical una reflexión acerca de las catástrofes naturales venideras formulada por Denis de Rougemont, en la que éste profetizaba que «si éstas son lo suficientemente grandes como para despertar al mundo, aunque no del todo para destruirlo, yo las llamaría pedagógicas, las únicas capaces de superar nuestra inercia y la invencible propensión de los cronistas a tachar de psicosis de Apocalipsis».

Con singular deleite, Latouche forma una categoría y articula una estrategia del anterior presupuesto, que abrevia como «pedagogía de la catástrofe». Consiste en reconducir la derrota humana surgida de las catástrofes naturales a una militancia activa, y aun más, a un cuestionamiento del sistema económico imperante. Con la acostumbrada mezcla de retoricismo tedioso y palabrería incomprensible -producto probable de la fusión entre poesía, ciencia y teología, tan del gusto de ciertos ambientes intelectuales-, se opone la bondad de esta teoría a la parálisis ecológica de su contrario, la del «optimista suicida».

Esta táctica para captar seres abatidos por el infortunio ambiental y arredrar a los que todavía no han padecido sus efectos cuenta, al menos, con dos objeciones.

La primera, de orden moral, la encontramos en la probable satisfacción íntima derivada de ver aumentar los seguidores al proyecto ideológico propio, y que pudiera desembocar con una relativa facilidad, en llegar a congraciarse de un suceso deleznable que, a fin de cuentas, nos beneficia políticamente. No sería extraño, tomando las adecuadas palabras de Alain Finkielkraut (2006), caer en una «gozosa multiplicación de las adhesiones».

El segundo de los reparos se localiza en la propia razonabilidad del presupuesto. No es claro que las víctimas de daños medioambientales tengan propensión a dejar atrás todo aquello que antes de la catástrofe encontraban acertado, familiar y propicio; y con ello, anhelan ahora una vida monacal en el marco de una realidad socialista.

Pudiera esperarse, más bien, una aspiración lógica y legítima por retornar a sus esquemas vitales previos al trágico acontecimiento sufrido.

Este aprovechamiento ideológico de la desgracia, tan envilecedor y áspero, explica amargamente la condición esencial del ecologismo iliberal como fenómeno colectivo que trata de sacudir las estructuras sociales y económicas a partir del pretexto verde, en un proyecto político que parece precisar para su éxito y difusión de sujetos que han visto sus vidas maltrechas como consecuencia de una penalidad ambiental.

Además, trasluce a esta complacencia del ecosocialismo -al menos, teórica- ante el sufrimiento un propósito no tan evidente: una añoranza por un modelo de vida preindustrial, más armónico y en la línea de una idea de la naturaleza y sus entornos como sagrario. Incluso desde sectores más razonables de la izquierda ecologista se ha acusado a Latouche de realizar una «alabanza sin remilgos de la Edad de Piedra», o un «rechazo global del humanismo occidental, de la Ilustración y de la democracia representativa» (Löwy, 2020).

Sostenida por una mayoría de pensadores del conjunto ecosocialista esta incompatibilidad entre economía de mercado y sostenibilidad ecológica, el hecho de que de éstos se muestren reacios a por presentarse como «pensadores iliberales» solo puede responder a una precaución de poderosa prudencia, dada la mala prensa del término, y no de objetivo examen de sus propios postulados y objetivos políticos, que como vemos convergen sobre todo en su cuestionamiento del orden liberal.

Lo contrario llevaría a estos teóricos a exteriorizar una convicción central del ecosocialismo: todo esfuerzo para contener la contaminación, preservar los ecosistemas o reducir el consumo innecesario dentro de una estructura no centralizada resultará embarazosamente infructuoso.

Nos detendremos en ello en la siguiente anotación.

3.- El consumidor, ¿sujeto político de capitalismo verde?

La doctrina de la oposición entre economía de mercado y medioambiente no ha decaído precisamente en las nuevas generaciones de ecosocialistas. Encontramos a un entusiasta simpatizante de la tesis en Chris Saltmarsh, cofundador del Labour for a Green New Deal (movimiento de jóvenes socialistas que trata de auspiciar políticas ambientales en el seno del Partido Laborista británico). Lo ilustra su reciente artículo publicado en Jacobin Magazine, bajo el sugerente título: «Solo el anticapitalismo puede salvar el planeta».

El texto ofrece un ejemplo cumplido del contenido habitual en esta clase de manifiestos, de tono elevado y solo humildemente argumentados. Es moneda de cambio común dar por hecha la imposibilidad de hallar una solución al problema ambiental en la actual realidad económica, constriñéndose los autores, las más de las veces, en denunciar al capital como una dinámica incorregible y voraz incapaz de frenar sus apetitos.

Las metáforas tienden a suplir la falta de apoyo científico, académico o, más modestamente, de un sustento verificable más allá de la propia afirmación ideológica. Sobre esta rígida premisa, Saltmarsh llama a «adoptar un rechazo del capitalismo en su conjunto», asegurando que «la justicia climática llegará a través de transformaciones socialistas del statu quo.»

Algunas mentes parecen predestinadas no tanto a reemplazar obsesiones ideológicas entre sí, como a tratar de vestir a la moda de la época los utopismos pasados.

De forma ritual, autores de esta línea ideológica han venido concentrando sus esfuerzos dialécticos en negar la factibilidad de un «capitalismo verde» como contrapeso -o alternativa- al «capitalismo fósil», ironizando desdeñosamente acerca de la idea de un consumidor que, a través de sus decisiones individuales, pueda constituirse en sujeto político y auxiliar en la conservación del planeta (Ulrich Brand, 2022).

Si bien existe un consenso en el ecologismo socialista en torno a las bondades por reforzar la participación de las comunidades en la busca de una solución medioambiental, esta atribución a lo local se ve desfigurada en el mismo momento en que se evidencia el desprestigio con que se define la decisión individual y su capacidad de influencia en la preservación del planeta, sin apenas matices perceptibles.

Por otro lado, se trata de una connotación radicalmente abstracta de lo local. Ésta parece definirse más por lo que reemplaza (la responsabilidad individual) y evita (una ineludible intervención de las multinacionales en la solución ambiental) que por las características de lo que realmente supone e implica. Ciertamente, este intento por disipar la centralidad del acto individual en la resolución de la crisis climática supone, con toda seguridad, uno de los aspectos más inexplicables y precipitados del pensamiento ecosocialista.

Acaso pudieran provenir estas graves -y sorprendentes- reservas de un sobrevenido pesimismo antropológico sobre la condición del ser humano, y más concretamente, sobre su condición ecológica.

Sin embargo, no es posible convenir, como principio, con la idea del ciudadano occidental como un ser innatamente condicionado por sus impulsividades egoístas, que hace primar lo beneficioso sobre lo recomendable en materia medioambiental.

Y aun acreditada esta negligente condición, lo cual está lejos de producirse, es ilusorio que la alternativa única para enmendar esta naturaleza ecológica sea una actuación política centralizada y subsanada por el filtro de lo colectivo.

Cabe denunciar esta postura como una intransigencia que minimiza el valor de lo concreto en la carrera por la conservación del planeta, y con esto, asume el riesgo de deslegitimar toda acción que no provenga de un comité de activistas, un organismo limitador de actividades empresariales o el propio Estado.

4. - ¿Hacia un ineludible autoritarismo ambiental?

En una entrevista mantenida durante el año 1988, apenas una década después de dar a imprenta su célebre «El principio de responsabilidad», el filósofo Hans Jonas resaltaba la necesidad de reivindicar para sí el ya denunciado papel de «profeta de calamidades»; pero además haciendo un llamado a asumir, preventivamente, la conveniencia de que los ciudadanos europeos se concientasen de la probable renuncia de libertades a la que pudieran tener que hacer frente para esquivar un punto de no retorno ambiental.

Ya en las últimas líneas de la entrevista antes referida de Hans Jonas, el pensador alemán establece un plan de acción consistente en «contribuir incansablemente a una mala conciencia que socave el hedonismo inaudito de la cultura de consumo propia de la modernidad: en ello hay una obligación ineludible.»

De no ser por el influjo potencialmente dañino de la tesis, sería mejor no perderse en las vaporosidades de este léxico político, incluso en un pensador de tanta altura intelectual como Jonas.

La influencia de éste en el ecologismo no liberal es difícilmente encarecida, pese a sus reticencias filosóficas hacia todo tipo de utopismos, basta constatar el amplio éxito de su noción para preservar la Tierra como «deber incondicional», que se impone a cualquier otro ponderable.

Tienden a obviarse, no obstante, sus aportaciones más genuinamente reaccionarias. El propio Löwy acusa a Jonas, entre otros autores, de apostar por una dictadura ecológica; con probabilidad recordando las reticencias de este segundo a considerar la democracia liberal como «la forma de gobierno adecuada a la larga».

Es conveniente resaltar aquí un aspecto a menudo obviado.

Se ha asegurado, algunas líneas atrás, que la negación del sistema económico liberal como instrumento para solventar la emergencia climática pertenece, de modo mayoritario, a pensadores en la órbita ecosocialista.

Sin embargo, resultaría ingenuo sostener que, respecto al posicionamiento del régimen político adecuado para llevar a cabo la transición ecológica, el rechazo de la democracia representativa provenga, exclusivamente, de autores marxistas, heterodoxos o marginales.

De este modo, no siempre serán coincidentes aquellos que se afanen en decapitar el sistema democrático demoliberal, de aquellos otros que insistan en centralizar sus decisiones económicas.

Esta disparidad de ataques, a veces surgidos desde frentes inauditos, ha sido manifestada en tiempo reciente y de forma inquietante. Se hacía eco de ello hace apenas unas semanas parte de la prensa nacional.¹ Reputados científicos como Martin Rees (integrante de la Cámara de los Lores y presidente durante cinco años de la Royal Society) o James Lovelock, han coqueteado en la última década con la idea de un «déspota ambiental» que, al menos de forma provisional, supla las incapacidades de las democracias occidentales para afrontar el reto climático.

De nuevo la conservación del planeta se presenta como la lustrosa vajilla de un banquete al que no nos sabíamos invitados: un retorno a una era ya no solo preindustrial sino también predemocrática.

Una de las intuiciones más valiosas del conservacionismo difundido por Roger Scruton es, precisamente, mantener las suspicacias hacia aquellos que no pueden identificar un problema sin proponer inmediatamente soluciones radicales coordinadas por ellos mismos.

No hay motivos para pensar que desde el autoritarismo verde se gane potencialmente en eficiencia ambiental lo que con certeza perderemos en libertades. En cambio, contamos con solventes razones para notar un escalofrío en cuanto desde los territorios de la política se proclama un confiado *hic sunt dracones*, como en los viejos mapas de un aventurero se marcaban las apetecibles tierras inexploradas.

Debe llamarse la atención sobre lo paradójico de la situación, en que colectivos con una invariable fe en el progreso histórico, se ven abocados a un pesimismo insuperable ante la sola posibilidad de que los avances científicos puedan facilitar una salida lo menos traumática y subversiva posible a nuestros modos de vida actuales, y ésta sea dirigida por una institución emanada de unas elecciones libres.

¹ Periódico El Mundo, edición del 17 de mayo de 2022. Artículo titulado: «La tentación totalitaria ante un mundo ingobernable».

5.- Bibliografía

- Claussen, S. y Jaenecke, H. (1988). Hans Jonas, dos entrevistas. Recuperado de: <http://www.alcoberro.info/V1/jonas1.htm>
- Fernandes, S. (2022). Una solución antimperialista a la crisis ecológica. Una entrevista con Ulrich Brand. *Jacobin Magazine (Lat)*. Original disponible en: <https://jacobinlat.com/2022/02/20/una-solucion-popular-y-antiimperialista-a-la-crisis-ecologica/>
- Finkelkraut, A. (2006). *La ingratitud: conversación sobre nuestro tiempo*. Editorial Anagrama (Argumentos).
- Jonas, H. (1995). *El principio de responsabilidad: ensayo de una ética para la civilización tecnológica*. Editorial Herder.
- Hickman, L. (2010). James Lovelock: humans are too stupid to prevent climate change. *The Guardian*. Original disponible en: <https://www.theguardian.com/science/2010/mar/29/james-lovelock-climate-change>
- Löwy, M. (2012). Ecosocialismo. La alternativa radical a la catástrofe ecológica capitalista. Editorial *Biblioteca Nueva (Grupo Editorial Siglo XXI)*.
- Löwy, M. (2020). Ecosocialismo y/o decrecimiento. *Revista Viento Sur*. Original disponible en: <https://www.letusrise.ie/rupture-articles/2wl71srdonxrbgxa19v6bv78njr2fb>
- Martin, R. (2014). If I ruled the world: we need an enlightened despot to save our vulnerable planet. *Prospect Magazine*. Original disponible en: <https://www.prospectmagazine.co.uk/magazine/if-i-ruled-the-world-martin-rees>
- Riechmann, J. (2016). Manuel Sacristán, pionero del ecosocialismo. *Encrucijadas: Revista Crítica de Ciencias Sociales*. Vol. 11, pp. 3.
- Sacristán, M. (1987). *Pacifismo, ecología y política alternativa*. Icaria, Antrazy, 45, Barcelona.
- Saltmarsh, C. (2022). Solo el anticapitalismo puede salvar el planeta. *Jacobin Magazine (Lat)*. Original disponible en: <https://jacobinlat.com/2022/03/21/solo-el-anticapitalismo-puede-salvar-al-planeta/>